

Y los dos tiernos amantes
 Por tanto tiempo constantes
 En un cariñoso abrazo
 Lid olvidaron y plazo
 En tan ansiosos instantes.
 Lloraban ambos al par
 Con lágrimas de ternura,
 Y ya próximo á llorar
 El tío sin respirar
 Bendecía su ventura;
 Cuando oyeron de repente
 De pobre instrumento el son,
 Y entre el son de la corriente
 Del Tajo, alegre cancion
 Entonada diestramente.
 DON GODOFREDO.
 ¡Eal no excuse lo menos
 Quien ha emprendido lo mas:

Id vuestra ruta serenos
 Que mis caballos son buenos,
 Y os queda un amigo atrás.
 DOÑA LUZ.
 ¡Cómo, señor! ¿Qué es aquesto?
 DON GODOFREDO.
 Todo lo tengo dispuesto.
 Y no hay remedio mejor
 Ni para guardar tu honor,
 Ni para evitar su arresto.
 DON FAVILA.
 ¿Y el rey?
 DON GODOFREDO.
 Yo me quedo aquí.
 Esposos sed ante Dios,
 Que el rey Egica ante mí
 Tendrá que ver que nació
 El mas justo de los dos.

CONCLUSION.

Estaba cercano el dia;
 La luna en el horizonte
 Escasa luz despedia
 Y á largos pasos se hundia
 Detrás del alzado monte;
 Cuando solo y descuidado
 En largo manto embozado
 Despacio entraba en Toledo
 Un hombre, que, bien mirado,
 No era otro que Godofredo.
 Y allá á lo léjos se vian
 La extensa vega cruzando
 Varios ginetes que huian,
 Que mas se desvanecian
 Cuanto se iban alejando.
 Pasó Godofredo el puente,
 Y apenas apareció
 La aurora en el rojo oriente,
 Firme el pié y alta la frente
 En el alcázar entró.
 —
 Lo que pasó dentro de él
 Entre el infante y Egica

Nadie en Toledo lo explica
 Ni se halla en ningun papel.
 Ello es que don Godofredo
 De una hora tras el despacio,
 Volvió á salir de palacio,
 Y se ausentó de Toledo.
 Y en el aire triunfador
 Con que dicen que salia
 Bien claramente se via
 Que llevaba lo mejor.
 El rey, desde su partida,
 Presa de oculto pesar
 Cercano estuvo á exhalar
 A sus rigores la vida.
 Y en cuanto esta le duró
 Ni al duque persiguió mas
 Ni el bello nombre jamás
 De la princesa mentó.
 Y aunque recias tempestades
 Fueron á turbarles luego
 De su retiro el sosiego
 Y el bien de sus soledades,
 Del rey su tío á cubierto

Ellos allá en sus estados
 Vivieron muy bien casados,
 Y esto es, ¡oh lector! lo cierto.
 Y acaso en otra ocasion
 Si tu favor me aseguras,
 Sabrás otras aventuras,
 De doña Luz, que hartas son;
 Mas si no son de tu gusto
 Lector las que te conté,
 No hablemos mas, porque á fe
 Que no me coje de susto.

FIN DE LAS LEYENDAS PRIMERA Y SEGUNDA.

LEYENDA TERCERA.

[CAPÍTULO PRIMERO.

DE COMO UN ESPAÑOL SE ENAMORÓ DE UNA FRANCESA.

En un dia de febrero
 Como á las tres de la tarde
 Del rio Arlanza mirando
 Los fugitivos cristales,
 Y entre el camino de Francia
 Y el rio humilde paseándose,
 Viase á un hombre vagando
 Por su solitaria márgen,
 Hidalgo y rico á juzgar
 Por su gentileza y traje.
 En secretas reflexiones
 Abismado y sin curarse
 De cuanto en rededor pasaba
 Seguía, cual si ocupasen
 Su mente graves cuidados
 O duelos su ánima graves.
 Parado estaba del puente
 Cabe los altos pilares,
 Cuando llamó su atencion
 Ruido y polvareda grandes
 Que alzaban muchos ginetes
 Por el camino adelante.

Alargó pues el hidalgo
 Sus pasos para encontrarles,
 Bien fuese curiosidad
 O bien que les aguardase.
 Salió al lindel del camino,
 Y á la turba aproximándose
 Peregrinos vió y juzgóles
 Gente de noble linaje.
 Dos damas y un caballero
 Eran, y con antifaces
 Traian cubierto el rostro
 Costumbre de tiempos tales.
 Caballos traian recios,
 Cruces de plata, y por pajes
 Quince ginetes armados
 Del casco á los acicates.
 Llegados ante el incógnito
 El caballero parándose
 Dijole: Dios sea loado,
 Buen hombre.—Y él on voz grave
 Repuso: Loado sea
 Por siempre, buen caminante.

—¿Por dónde voy al palacio
Del conde Garci Fernandez?
—¿Pensáis en él hospedaros?
—Sí que pienso.
—Muchas calles
Hay que cruzar, y yo mismo
Es mejor que os acompañe,
Si la atención no os enoja.
—Si ese camino lleváreis
Para ir á vuestros quehaceres
Consiento, y Dios os lo pague.
—Voy también hácia palacio.
—Entonces echad delante.
Tomó el de á pié en este punto
La vuelta á los arrabales,
Y sin que hubiesen los guardias
Ocasión de demandarle
Sino de hacerle gran honra
Como á ilustre personaje,
Entró en Burgos por la puerta
Que á Santa María cae.
Y aquí con los peregrinos
Que le seguían juntándose
Conversacion introdujo
Con palabras semejantes.
—¿Y á donde es el derrotero?
—A Santiago.
—Es una imágen
Y una iglesia milagrosas.
¿Y de qué tierra se parten?
—Desde Tolosa de Francia.

—De agradecer es el viaje!
¿Es devocion ó promesa?
—Es devocion y eso baste,
Que habeis hecho tres preguntas
Sin que os preguntára nadie.
—Perdone el buen peregrino.
—Vaya el buen guía adelante.
Y en esto el de á pié teniéndose
Ante un edificio grande
Alzado en una plazuela,
Dijo entre serio y afable.
—Vea lo que habla el romero,
Pues aquí es fuerza que pare
Quien á mi palacio llega
A demandar hospedaje.
—¡Cómo! ¡Sois por vida mia...
—El conde Garci Fernandez.
—El de Castilla perdone.
—El de Tolosa demande,
Que anduvo el guía indiscreto
Y hará el conde castigarle.
Pero pié á tierra señores
Que esta es su casa.
Y con tales
Palabras ayudó el conde
A las damas á apearse;
Y entrándose por sus puertas
Con corteses ademanes
Las dió el brazo en la escalera
Sin que ellas se le esquivasen.

Como entra amor en el alma
En verdad que no se sabe
Pero ello es que el tiene llave
Para abrir el corazon;
Y una palabra, un suspiro
Dicha ó exhalado apenas
Son á veces las cadenas
Con que ata nuestra razon.

Cadenas hechas de flores,
De deseos y de antojos,
Forjadas en unos ojos
De pudoroso mirar,

O en unos labios de púrpura
Que sonrien tiernamente,
Ensayados diestramente
En sonreir y en hablar.

¡O amor! que bien escogistes
Aunque niño, loco y ciego
Lugar dó esconder tu fuego
Y tu irresistible iman!
Porque ¿cómo recelarse
De unos ojos inocentes,
Y de unas indiferentes
Palabras que al alma van?

¡Ay! poco á poco se miran
Y se escuchan poco á poco,
Y nace un deseo loco
Que aunque aislado y sin valor
Tras él otro y otros trae,
Que ardientes y decididos
Nos despeñan impelidos
Por las simas del amor.

Así al conde de Castilla
Labraba su desventura
La peregrina hermosura
Que en su palacio hospedó.
Y él que esquivó los halagos
De castellanas hermosas
En las redes codiciosas
De la francesa cayó.

Aspid fatal que introdujo
El mismo conde en su seno,
Y cuyo dulce veneno
Bebia con avidez
Tan ciego y desalentado
Que cuanto mas le apuraba,
Mas el infeliz dudaba
Que fuese poco á su sed.

Si, porque ¿quién no le apura
Ofrecido en rico vaso
Que incita á beberle acaso
Con su exquisito primor?

¿Quién fascinado no corre
Tras unos ojos de fuego
Que nos roban el sosiego,
La prudencia y el valor?

Y á fe que era encantadora
La dichosa peregrina!
Bellísima era Argentina,
Y de prosapia real.
Y él que vió sus ojos cándidos
Sin los dobleces del velo
Creyó su azul como el cielo
Signo de dicha inmortal.

Y vió una vez fascinado,
Miró luego respetuoso,
Amó despues silencioso
Y amó con ansia despues;
Primero dispuso fiestas,
Luego presentes y galas,
Y al fin de su amor en alas
Cayó sin fuerza á sus piés.

Y una noche entre los mirtos
Del jardin de su palacio
Cuando á solas y despacio
Por fortuna la encontró,
Tomó sus manos de nieve
Y doblando la rodilla,
La corona de Castilla
Loco de amor la ofreció.

Oh bellísima Argentina
(La dijo el rendido amante)
Desde el fortunado instante
En que por dicha te vi,
Mi voluntad, mi deseo
A mas ventura no alcanza
Que á la débil esperanza
De tenerte junto á mí.

De noche allá en mis delirios
Tu imágen se me parece,
Y el alma se me estremece
Con tan dichosa ilusion.

La luz que radia tu rostro
Mi corazon ilumina,
Y aun tu sombra ¡oh mi Argentina!
Acrecienta mi pasion.

De día ansioso te busco,
Bajo tus rejas paseo,
Y venturoso me creo
Si de la reja al través
Alcanzo tu sombra errante,
Aun sabiendo ¡vida mia!
Que mi amorosa agonía
Ni te imaginas, ni vés.

Creí que podria un tiempo
Mas que mi destino fuerte
Olvidarte ó no quererte;
Mas neciamente creí.
Yo te amo, si; cada día
Que por mi existencia pasa
Mi pasion crece sin tasa,
Y no hallo vida sin tí.

Y pues te brinda el destino
¡Oh bellísima francesa!
Sé en Castilla la condesa,
La luz de mis ojos sé.
Y piensa que en compañía
De quien tan fino te adora,
Tú serás reina y señora
Yo tu esclavo viviré.

Y así diciendo el buen conde
Las manos la acariciaba
Y el rostro la contemplaba
Con amorosa ansiedad;
Y ella inmóvil y en silencio
Con angélica sonrisa
Contemplábale indecisa,
Mas confiada en verdad.

Sus manos le abandonaba
La hermosa sin defendellas,
Y el conde estampaba en ellas
Sus labios con harto ardor,

Mientras la luna que huía
Y las auras que sonaban
Prestaban luz y armonía
A aquella escena de amor.

Y quien sabe lo que pueden
La solitaria frescura,
La ilusión y la ventura
De una noche y un jardín;
Quien vé el empeño del conde,
Y la paz con que ella escucha,
El *si* con que le responde
Imagínese por fin.

Un *si* pronunciado apenas
Fugitivo y balbuciente,
Pero expresivo, elocuente,
Espontáneo, abrasador.
Un *si* cuyo eco encantado,
Cuyo sonido improviso
Abrió al conde un paraíso
De deleites y de amor.

Cayó Argentina en sus brazos,
Dobló en su pecho la frente
Y un beso, aunque puro ardiente
En ella el conde posó,
Y la niña no ofendida
Mas cautelosa apartándose,
De su buen padre, ausentándose
El dulce nombre invocó.

El conde que era entendido,
Aprovechando el momento
A poco en el aposento
Del huésped se hizo anunciar,
Y allí con él encerrado
Y de Argentina en ausencia
La importante conferencia
Comenzaron á entablar.

EL FRANCÉS.

Generoso castellano,
¿Qué puedo hacer por serviros?

EL CASTELLANO.

La dicha vengo á pedirlos.

EL FRANCÉS.

Si está en mi mano os la doy;
Mas decidme ¿en qué manera
Alcanzo á vuestro destino?

EL CASTELLANO.

Oídme, buen peregrino
Que á descifrároslo voy.
Yo os di por vuestra nobleza
En mi palacio hospedaje,
Y os vino á hacer homenaje,
Cuanto en Castilla hay mejor.
Ardió mi tierra en festejos
Por los condes de Tolosa,
Y solo existe una cosa
Con que pagarme, señor.

EL FRANCÉS.

Decidla pues, que aunque sea
La mitad de mi corona
Mi fe desde aquí os la abona
Para delante de Dios.

EL CASTELLANO.

Pues bien, teneis una hija
Yo apelo á vuestra promesa
Y quiero hacerla condesa
Sin que lo herede de vos.

EL FRANCÉS.

¡A Argentina!

EL CASTELLANO.

Si por cierto.

Y ved que de otra manera
Haceros cargo pudiera
Como á huésped desleal,
Porque yo os franqueé mi casa.
Y os di cuanto poseía
Y robáisme el alma mía
Con que me pagais muy mal.

Quedó el francés á estas voces
Sombrio y meditabundo,
Pues que no había en el mundo
Cosa que irle á demandar
Que él diera de peor gana
Ni á un conde, ni á un extranjero,
Porque él acaso altanero
De conde aspiró á pasar.

Mas mirando que le estaba
 Del hospedaje obligado
 Y que al español honrado
 Vivía y con gran poder
 Pensó que andaria necio
 En negarla al castellano,
 Que si no era un soberano,
 Honrara harto á una mujer.

Tendió pues la mano al conde
 Con cortesana sonrisa,
 Y sentando por precisa
 Y absoluta condicion
 La voluntad de Argentina,
 Contestó que él la otorgaba
 Puesto que en dársela obraba
 Conforme á su obligacion.

La boda pues, acordóse,
 E impaciente don Garcia
 Casóse en Santa Maria
 Aun no trascurrido un mes;
 Castilla y Tolosa hicieron
 En las fiestas competencia
 Y hubo festin y licencia
 Muchas semanas despues.

Vino á ofrecerse rendida
 A su nueva soberana,
 La nobleza castellana
 Siempre á sus condes leal;
 Y cumpliendo el de Tolosa
 En Santiago su promesa
 Volvióse á tierra francesa,
 Siendo el gozo universal.

CAPÍTULO II.

DE COMO SE LA HUBIERON LA FRANCESA Y EL ESPAÑOL.

Mas ¡ay del necio que fia Y ¡ay de quien fia en extraños
 En la mujer y en el viento Que aunque halagarnos pretendan
 Que cambian en un momento Preciso es que al fin nos vendan
 De rumbo y de fantasia! O con fuerza ó con engaños!

Dos años y no cabales
 Vivieron ambos esposos,
 Tiernos siempre y cariñosos
 Alegres siempre é iguales.
 Amábala el español
 Con tan ciega idolatria
 Que antes que en ella creeria
 Que hubiera mancha en el sol.
 Y amábale la francesa
 Con intensidad tan rara
 Que mejor se la juzgara
 Favorita que condesa.

No habia para él mas gloria
 Que su amor, y en tal exceso,
 Que cambiara por un beso
 La mas preciada victoria.
 No habia gusto para ella
 Si con él no le partia,
 Y el vulgo en fin los creia
 Nacidos bajo una estrella.

Tambien lo creia el conde,
 Pero al fin dió en un abismo
 Que ¿quién por otro responde
 Si aun duda uno de si mismo?

Vino dos años despues
 Desde tierras de Tolosa
 De los padres de la esposa
 Con regalos un francés.

Para mas ostentacion
 De la amistosa misiva
 Vino con gran comitiva
 De gente de estimacion.

Toda hidalga y opulenta
 Que entre ella nobles venian
 Que provincias mantenian
 Con sus tropas y á su cuenta.

Trajeron mil invenciones,
 Refinamiento elegante
 Del lujo, heraldos delante
 Pajes detrás y bufones.

Y en fin entre su equipaje
 Con esplendidez extraña
 Hasta tiendas de campaña
 Para las siestas del viaje.
 Cuyas cosas en Castilla

Por gente sóbria habitada
 Tuvieron boga sobrada,
 Rayando en la maravilla.

Tomaron de ellos los trajes
 Por gusto de la condesa,
 Y armáronse á la francesa
 De bufones y de pajes.

Diéronse mútuos festejos,
 Y fué con tanta porfia
 Que cada cual ir queria
 En lo liberal mas léjos.

Su ventaja al conocer
 En caballos los de Francia
 Abrieron con arrogancia
 Un campo donde correr.

Con lo cual los burgaleses,
 Gente en los combates ducha,
 Abrieron campo á la lucha
 De apié contra los franceses.

Bajaron de la montaña,
 De tal fiesta á los rumores
 los mas fuertes lidiadores
 Que daban honor á España.

Y al fin mas pronto ó mas tarde
 De mil diferentes modos
 De su bizarría todos
 Vinieron á hacer alarde.

Hubo castellanos nobles,
 Que en cabalgar muy maestros
 Con los franceses mas diestros
 Ganaron apuestas dobles.

Y hubo muchos castellanos
 Que en la lucha franca y leal
 Se la hubieron harto mal
 De los franceses á manos.

Pero sobre todos uno,
 Gallardo Alcides francés
 Luchó una vez contra tres
 Y no le rindió ninguno.

Mozo era de sangre noble,
 Chico de cuerpo, mas fiero,
 Como los vientos ligero,
 Y robusto como un roble.

Él fué siempre el vencedor,
 Y en la liza al presentarse

Los demás no retirarse
Era solo por honor.

Llamábase el tal, Lotario,
Y para amorosos lances
Nadie le iba á los alcances
Pues rayaba en temerario.

Y aunque cortés y cumplido,
En su fortuna fiado
Jamás respetó sagrado
De padre ni de marido.

Hipócrita mas que fiero,
Con una segura táctica,
Los medios ponía en práctica,
Mas infalibles primero.

Iba tras de las devotas
A las iglesias rezando;
Con opulentas tratando
Gastaba con manos rotas.

Donde había un padre viejo
Idólatra del honor,
Por la palabra menor
El duelo era su consejo.

Donde familia pacífica,
Via que aunque retirada
De oro y de bienes sobrada
Le recibía magnífica.

Él, con gravedad enfática
Cada visita que hacía,
Por lo grave parecía
Una misión diplomática.

Y por fin de astucia extrema
Dotado, el refrán usaba
Que á cada paso encajaba,
Cada loco con su tema.

Con esto y con ser al par
Gran músico, no hubo dama
Que al reclamo de su fama
No le viniera á admirar.

Él, de las galas francesas
Llevaba la palma toda,
Y él era el galán de moda
Con las damas burgalesas.

La plática principal
De las mas hermosas niñas,
Eran las rondas y riñas

Del amante universal.

Y todas de sus amores,
Anhelando ser objeto
Disputábanse en secreto
Sus mas mínimos favores.

Mas él de su fiel fortuna
Audaz siguiendo las huellas
Se olvidó de las estrellas
Al postrarse ante la luna.

¿Que tienes paloma mia?
Preguntaba el conde un día
A solas á su condesa,
¡Bien sabe Dios que me pesa
Mirar tu melancolía!

Si tal vez por un descuido,
Imprudente ó no advertido
Vida mia, te ofendí,
Perdon de hinojos te pido:
Sino ¿que te aqueja, dí?

Comprender la causa quiero
Del dolor que te atormenta;
Ni esposo ni caballero
Seré sino te prefiero
A las cosas de mas cuenta.

No Argentina, en mi condado
No hay objeto que me importe
Lo que tu amor regalado;
Dime pues ¿quién te ha enojado?
¿Algun chisme de la corte

De alguna dama envidiosa
O de algun necio me infama?
¿Pudiste olvidar, hermosa
Que tú á la par de mi esposa
Has sido siempre mi dama?

Y cuando no hay en Castilla,
Otra como tú tan bella,
Que pienses me maravilla
Que en mí tu amor amancilla,
Ni casada ni doncella.

No por Dios, paloma mia!
¿El conde así vendería
El amor de su condesa?
Que lo imagines me pesa
Mas que tu melancolía.

Tal dijo el conde á su esposa,
Mas no logró una respuesta
Que pusiera manifiesta
A sus ojos la verdad.
Pasó un día y otro día,
Y á su mismo afán tornando
Volvió á porfiar, quedando
En la misma oscuridad.

Tornábala el pobre esposo
Con la candidez de un niño
A ponderar su cariño
Con minucioso placer.
Llamábala con los nombres
Mas sentidos y halagüeños,
Sol, arcángel de sus sueños...
Cuanto halaga á una mujer.

Y tomando entre sus manos
Su peregrina cabeza
Contemplaba su belleza
Con alegría infantil:
Y estático en sus hechizos
El purísimo reflejo
De sus ojos le era espejo
De su sonrisa pueril.

Besaba su frente pálida,
Sus párpados transparentes
Y sus mejillas ardientes,
Y sus labios de coral,
Y los rizos olorosos
De su flotante cabello
Suspendidos por el cuello
En complicada espiral.

Y él triste de cualquier modo
Y aun á su costa quisiera
Una sonrisa ligera
De sus labios arrancar;
Mas era empeño insensato!
El embozo impertinente
Con que nublaba la frente
No pudo nunca apartar.

Él, que como amante, ciego
Por falso cristal veía
Capricho amante creía
Lo que era abierto desden,
Y aguardaba á cada instante
La explicacion de un misterio
Que le robaba el imperio
En el alma de su bien.

Que mas que advertido a ante
Juzgaba el mal de Argentina,
Hijo de duda mezquina
En su inalterable amor,
Y en la pureza fiado
De su tranquila conciencia
Aguardaba con paciencia
Que saliera de su error.

Ella de continuo tétrica,
Los sitios mas solitarios
Elegía por santuarios
De su secreto pesar;
Y se la vía en la noche
Cual sombra que arrastra el viento
A solas con paso lento
Por los jardines vagar.

A veces cabe una fuente
Reclinada largas horas
De las corrientes sonoras
Adormida con el son,
Sollozaba tristemente
Las secretas agonías
Que envenenaban sus dias,
Royéndola el corazon.

A veces del pardo muro
Perdida en la sombra oscura,
O entre la hojosa espesura
De la parra y del rosal,
Parecía que con alguien
Conversacion entablaba
Aunque qué y con quién hablaba
Se comprendía muy mal.

Y el rumor de estos misterios
Entre el vulgo propagado,
Por el vulgo interpretado
Con ruin malicia vulgar
A mil fábulas audaces
Crédito asaz infundia,
Y á cada punto crecía
En la chusma popular.

Porque de antiguo Castilla
Ya escarmentada de extraños
Imagina siempre engaños
De la extranjera doblez;
Y luego (decía el pueblo)
Por mas que nació condesa
Siendo al cabo una francesa
No hay que fiarse pardiez!

El conde en tanto creía
Que la memoria de Francia
Con el tiempo y la distancia
Avivada sin sentir,
Y la vista de sus gentes
Y el recuerdo de su lengua
A las manías presentes
La pudieron conducir

Y en su bien solo afanado
La aseguró que acabada
Una contienda empeñada
Con el árabe Almanzor,
Darian vuelta á Tolosa
Donde pronto espantaria
Su oculta melancolia,
Devolviéndole su amor.

Partióse pues el buen conde
Contra Almanzor á campaña
Y fué con tan justa saña,

Que aun humeando del moro
Con la sangre harta de afrenta
Su campo feraz ostenta
Santisteban de Gormáz.

Que en aquel día glorioso
Para el honor de Castilla
Ni quedó ginete en silla,
Ni peon quedó de pié.
Allí cayeron á impulso
De las lanzas castellanas
Las falanjes africanas
Enemigas de la fe.

Y aun vienen alguna noche
Los lobos en turba hambrienta
A hozar la tierra sangrienta
Regada ocho siglos há ;
Y aun pasan los calvos buitres
Sobre el valle en banda espesa
Avarientos de la presa
Reducida á polvo ya.

Gloriosa fué la jornada!
Mas ¡ay pobre don García!
Él solo lloró aquel día
La gloria que á España dió.
Mas le valiera mil veces
Caer en Gormáz con honra
Que cargar con la deshonra
Con que Burgos le acogió.

Sí, pasó bajo sus puertas
Al doblar de los tambores
Con mas aplausos y honores
De los que él soñó jamás;
Pero llegó á su palacio
Y al entrar por sus dinteles
Sus merecidos laureles
Maldijo, y su sér quizás.

Las puertas vió de su alcázar
Para recibirle abiertas,
Mas nadie salió á sus puertas
Para darle el parabien.
Y los siervos y las damas
Que dejó en él, en su ausencia
Esquivaron su presencia
Cual de su gloria en desden.

En vano se entró iracundo
Por sus puertas adelante
Llamando con voz pujante
A su gente desleal ;
Solo el eco que en las bóvedas
Cóncavas se guarecía
A sus voces respondía
Con lamento funeral.

Rabioso decía—«¿dónde
Mi servidumbre se encuentra?»
Y el eco decía:—*entra*,
Y entraba el conde en furor.
Decía con voz doliente:
«¿Qué es de mi esposa querida?»
Y el eco decía:—*ida*
Con acento de dolor.

Y el triste Garci Fernandez
De sus amigos cercado
Su alcázar abandonado
Pisando medroso vá.
Y su ánima vigorosa
De una sospecha asaltada
En su pecho arrinconada
Ni aun esperanza le dá.

Volvió á los suyos y dijoles:
«¿No hay quien me dé una respuesta?»
Y el eco repitió:—*esta*
Y él mirando en derredor
«¿Quién, gritó, en mi casa propia
Me mofa con arrogancia?»
Y el eco retumbó:—*Francia*
Por el largo corredor.

Lanzóse por él el conde
Por un instinto guiado,
Cruzó el corredor aislado
Y al oratorio llegó:
Abrió la puerta con ímpetu
Y al tender dentro los ojos
En torno al altar de hinojos
A sus siervos encontró.

¿Qué es esto? dijo asombrado
El infeliz don García
¿Pensabais pues que vendría
Mi palacio á conquistar?
¿Porqué os acogeis al templo?
¿Qué es esto, gente menguada?
Pero la turba callada
Ni aun la vista osaba alzar.

Hasta que entrándose el conde
En la mansion religiosa,
Y el semblante de su esposa
No alcanzando á ver allí
Asió con ira del cuello
Al que topó mas cercano
Y con la daga en la mano,
Le dijo iracundo así:

¿A dónde está la condesa?
Di ó mueres tras mi demanda.
Y el eco murmuró: — *anda*;
Porque la turba calló.
Hablad por Dios, dijo el conde;
Vuestro dolor ¿qué me arguye?
¿Dó esta mi Argentina? — *huye*
El eco sordo gimió.

Rompió en sollozos la gente
Y humillada y temerosa
Dobló la faz vergonzosa
Con la tierra hasta tocar;
Y entendiendo don García
Todo el valor de su duelo,
Los ojos puso en el cielo
Gimió... y los tornó á bajar.

En vano por consolarle,
Sus amigos se afanaron,
Sus pueblos le victorearon,
Y la gloria le aduló;
El se encerró en su aposento
Y en soledad noche y día,
La razon y la porfia
Igualmente desoyó.

Al hacerle reflexiones,
Amigos, fieles y viejos
«No necesito consejos
Respondió, sé como obrar.»
Y aunque adusto y cabizbajo,
Bien en su faz se veía
Que algo resuelto tenia.
Imposible de mudar.

CAPÍTULO III.

EN QUE SE CUENTA MALAMENTE UNA AVENTURA
DIGNA DE SER MEJOR CONTADA.

De un montecillo extraviado
Sobre la empinada loma,
Como escondida atalaya
Puesto entre Francia y Borgoña
Hubo segun un cronista
Allá en edades remotas
Un castillo inhabitado
De manos francesas obra.
Pertenece en los tiempos
A que alcanza nuestra historia,
A un segundo pendenciero
De familia poderosa.
De modo que en su recinto
Roido por la carcoma,
No habia mas que un alcaide
Con guardia holgazana y poca.
Y como donde hechos faltan
Fábulas del vulgo sobran,
De él relataban mil cuentos
Los pueblos á la redonda.
Todo invenciones acaso,
Mas siempre lo falso apoya
Alguna verdad oculta
Entre mentiras de monta.
Y es así que no hay castillo
Ruinoso, ni ermita sola
Donde mil negras visiones
Crédulo el vulgo no esconda;
Mas no hay una de esas fábulas
Imposibles y espantosas